

El fantasma helado — Viaje al hielo

El fantasma vasco se me apareció en la playa, cerca de Málaga. Me encontraba sobre la arena leyendo este libro, que no entendía del todo, pero del que tenía la impresión de que estaba destinado a mi persona. Una novela narrada a la vez en pasado, presente y futuro, que trataba de un enfermero en estado de congelación... de un revolucionario huido de Europa, que ahora vivía en una aldea junto a la costa caribeña nicaragüense, entre bananeros y palmeras, no lejos de Bluefields.

A la espera de poder regresar a casa.

*Lagun izoztua.*¹

A pesar de mi defectuoso conocimiento del idioma vasco, que me llevaba a tropezar con palabras, declinaciones y conjugaciones, todo en la novela me resultaba sorprendentemente familiar: el tamborileo de la lluvia sobre el tejado de uralita de la casucha, niños correteando descalzos por la orilla del río, la aleta dorsal de un tiburón surcando la superficie de un lago, ese espejo acuoso que parece pertenecer a la luna. El enfermero no estaba literalmente “congelado”, como indicaba el título del libro, sino aterido de tristeza. Roto de nostalgia y mutismo. Una compañera, también exiliada, emprendía viaje desde Managua para prestar auxilio al enfermero. Ella tomaba la decisión de acompañar al “congelado” hasta un amigo de la infancia que vivía en Ecuador, con la esperanza de poder romper el hielo que se había formado sobre el alma del enfermero. Pero en el camino hacia allá los refugiados caían momentáneamente en manos de los militares y debían camuflarse de nuevo. Se escondían en casa de un hombre que, como ellos, había huido. De esto hace ya 50 años.

Los escenarios y las situaciones de la novela se me hacían extrañamente familiares. Sin embargo, a continuación, me parecían ser las voces las que explicaban todo esto. ¿Acaso yo también no había querido ser siempre un poco como él: un revolucionario que escribía, un escritor revolucionario? ¿Alguien que deseaba transformar su propia vida y a su vez el mundo... aunque siempre fracasara en el intento?

Pasé por alto palabras y conjugaciones para mí desconocidas, y en su lugar me dejé llevar por los recuerdos de las lluvias tropicales, la sequía en las aldeas alrededor de Barranquilla, el pánico que se apoderaba de uno cuando militares y sus sicarios paramilitares se te plantaban delante. Pero, sobre todo, me entregué a la nostalgia. Pues, a diferencia del escritor huido, a pesar de no haber estado nunca en el exilio, enseguida entendí el dolor del narrador, que se acordaba de Kalaportu, que había creado Kalaportu para poder acordarse de Mutriku, de Ondarroa y de su propia infancia. Lo malo de esas imágenes era que no se desvanecían, sino que, a causa de la separación forzada por el exilio, se hacían cada vez más poderosas. Progresivo dolor imaginario. Para el narrador, así lo sentía yo, las imágenes de la infancia se hacían más vívidas cuanto más alejado en tiempo y espacio estaba el lugar de donde procedían.

Y dado que yo sentía todo eso como si fuera una parte de mí, pensaba que el escritor huido de la cárcel y en paradero desconocido alzaría su voz dentro de mí mismo.

Por tanto, tampoco me quedé muy sorprendido cuando mi hijo, entonces todavía un niño, se presentó de pronto frente a mí y nuestra toalla extendida con una botella en la mano. Mi hijo tenía mucho miedo a las olas y en aquella época raras veces se acercaba a la orilla. Sin embargo, aquella mañana se atrevió a dar algunos pasos en el agua, probablemente porque la botella que flotaba a la deriva y ahora me tendía había suscitado su curiosidad. Aunque la botella estaba cubierta de una fina capa de gasoil sucio, enseguida

me di cuenta de que no estaba vacía. El niño, en cuclillas junto a mí, ya tenía conocimiento de qué podía tratarse: seguro que más de una vez había desenterrado tesoros y conocía las historias de mensajes y genios atrapados en botellas. Con mirada insistente me instó a extraer el mensaje que nos habían enviado.

No me resultó fácil abrir la botella, ya que no estaba simplemente cerrada con un corcho, sino que además la habían sellado con lacre. Y, cuando finalmente abrí el tapón, nos enfrentamos al siguiente problema: el paquete oculto dentro del cristal no pasaba por el cuello de la botella. Me alegré de que mi hijo todavía no fuera un poco mayor, puesto que, si hubiera ocurrido dos o tres años más tarde, ya me habría cosido a preguntas, y yo habría debido admitir que lo que sosteníamos en nuestras manos era imposible: dentro de la botella había una cajita envuelta en plástico, pero para mí era inconcebible cómo la habían metido allí. Yo ya había visto más de una vez cómo se montaban los barquitos de madera, pero en este caso no podía haber sido de esa manera. Parecía como si hubiesen soplado el vidrio de la botella alrededor del paquete. El único modo de acceder al mensaje consistía en romper el cristal. Yo dudaba, pero el niño se me puso terco; quería encontrar el mapa del tesoro, o al menos devolver la vida al genio.

De manera que buscamos dos pedruscos, sujetamos la botella entre ellos y nos apartamos un poco. Tuve que lanzar cuatro veces, hasta que finalmente el vidrio se agrietó. Apartamos los cascotes a un lado y tomamos la cajita en la mano. Mi hijo sabía del poder del genio, que le resultaba aterrador. Pero yo lo tranquilicé, al tiempo que rasgaba el envoltorio de plástico que rodeaba la cajita, y le aclaré que este duende embotellado nos depararía seguro cosas buenas: yo me sentía conectado a su creador por medio de una espectral acción a distancia. Y finalmente tuvimos el contenido en las manos. Mi hijo parecía un poco decepcionado, porque el mensaje no consistía en un rollo de pergamino, sino en un

viejo pendrive, en cuya parte trasera estaba pintada una pequeña M blanca.

M, alias Joseba.

Tuvimos suerte. Cuando media hora después, en nuestra pequeña casa sobre la playa, inserté el pendrive en el ordenador, nos pidió introducir una contraseña. Quise intentarlo con *Maitasunaren kariaz hainbeste eman zuten*, una letra de canción de la que más tarde pensaría que se refiere al escritor en paradero desconocido, mientras que mi hijo propuso el nombre de su queridísimo gato. No puedo asegurar cuál de las dos contraseñas liberó finalmente al genio de su cárcel. Hoy me parece que fueron las dos. Lo único seguro es que el espíritu encerrado salió del soporte de datos, nos saludó amigablemente y que, en lugar de un mapa del tesoro, su contenido era la invitación para una viaje a una ciudad muy lejana. Una ciudad cuya localización exacta permanecía indeterminada. Debía permanecer indeterminada.

Esta vez fui yo quien se quedó de lo más desconcertado, ya que evidentemente se habían sucedido diferentes acontecimientos al mismo tiempo o en un falso orden cronológico: el mensaje embotellado había flotado seguramente mucho tiempo en el mar, pero debía de haber sido escrito y sellado *después* de que le hubiéramos puesto el nombre a nuestro gato, que en aquel momento tenía seis semanas de edad. El acuerdo con la editorial para traducir el libro que acababa de leer no debí de cerrarlo hasta meses más tarde, después de mi vuelta a Alemania. A su vez, la invitación del autor fugado de la cárcel que me entregó el genio, para visitarlo en un lugar indeterminado del exilio, debía servir para aclarar cuestiones pendientes sobre la traducción de la novela. ¿Cómo podía ser, me

preguntaba, que acontecimientos ordenados en diversos puntos cronológicos estuvieran vinculados causalmente unos con otros? ¿Que el efecto precediera a la causa? No obstante, dejé a un lado las preguntas, puesto que el remitente del mensaje en la botella vivía en la clandestinidad, en una situación de máxima inseguridad, y me parecía inapropiado preguntar todo lo que habría querido saber.

Unos días después, regresamos a Berlín mi hijo y yo tras las vacaciones en el Mediterráneo, y muy pronto me puse manos a la obra. En primer lugar, tuve que mejorar el aprendizaje del idioma, cuyas complicadas tablas de conjugación en ocasiones hacen desesperar incluso a los nativos. Así, pues, como hasta ese momento no había ningún diccionario vasco-alemán, al menos que yo conociera, tomé como base para mi trabajo un diccionario vasco-castellano. Y enseguida pude comprobar hasta qué punto la incertidumbre en la vida del hombre congelado y de su narrador influía en el trabajo de la traducción. Pero, a diferencia de la incertidumbre de la fuga, la de la traducción ofrecía más libertad que obligación. Todo era territorio desconocido. Había muy pocas frases que hubieran sido traducidas antes directamente del vasco al alemán. Poquísimas palabras para las que hubiera correspondencias ya establecidas. El significado, como se dice en la teoría del lenguaje, se basa en la diferencia. Es decir: los signos adquieren su significado mediante la distinción de otros signos, si bien cada comunidad lingüística varía la demarcación fronteriza de la distinción. ¿A partir de qué temperatura deja el agua de estar “tibia” para convertirse en “caliente”? ¿A partir de qué volumen deja una persona de “elevar la voz” y comienza a “gritar”? ¿Y qué ocurre con los matices que una lengua va modelando a través de su

literatura? Es cierto que, en el uso cotidiano, no es tan importante si alguien “camina” o “avanza”. Palabras y significados se hacen más precisos en primer lugar mediante la escritura, lectura y reflexión. Me parecía como si el idioma vasco en muchos aspectos estuviese todavía abierto, incluso para los hablantes nativos. Pero era seguro que esto se aplicaba en la transferencia al alemán. *Epel*: ¿*warm* (cálido) o *lau* (tibio)? ... *Urdin*: ¿*grau* (gris) o *blau* (azul)? ... *Xirimiri*: ¿*Dunst* (bruma) o *Nieselregen* (llovizna)?

Es un tópico decir que traducir es adaptar. Esto, sin embargo, se aplica muy especialmente para la traducción del vasco. Todo podía, debía ser repensado. ¿Era el *segalari* realmente un “Schnitter” o había que esbozar, al menos, en una frase la situación correspondiente? En alemán uno asocia “Schnitter” en primer lugar a la muerte, a una figura del medioevo, que reclama a su víctima con la guadaña. A los fans de lo gótico y de la *new wave* en los foros online les gusta llamarse “Schnitter”, cuando quieren expresar la agonía. Para los que hemos pasado el verano en un caserío del País Vasco, por el contrario, *segalari* es una realidad totalmente normal, vinculada por otra parte a innumerables imágenes e impresiones. Olía a heno, mirábamos a las Malloas de Aralar, charlábamos sobre la próxima fiesta de Leitzza o sobre una manifestación, mientras alguien —el viejo tío desdentado con boina y camisa de cuadros, o alguno de los jóvenes con camiseta de insumiso— segaba con la guadaña la hierba en las laderas más inclinadas.

Muchos conceptos y signos tienen, según las zonas lingüísticas, diferentes significados. ¿Cómo podían expresarse sin caer en la perífrasis, tan letal en términos literarios?

Pero la traducción conducía también, en un plano mucho más simple, a nuevos territorios. *Lagun Izoztua* hablaba del mar y de la navegación. Así, pues, tuvimos que averiguar algo sobre el lenguaje mariner. Digo “tuvimos”, porque mi viaje de exploración

se cruzó afortunadamente con el de otro, en este caso, otra traductora. A Petra Elser también le había llegado *El amigo congelado* en forma de mensaje en una botella, y, si bien ella tenía un acceso a la literatura diferente del mío, un acceso mucho más vasco parlante, le ocurrió algo parecido: quería perseguir el fantasma que se escondía detrás de esta novela, que la había redactado, que era la novela misma.

Comenzamos a trabajar en paralelo, y, a pesar de que nuestros escritorios se hallaban a 2.000 km de distancia y de que solo en contadas ocasiones pudimos aclarar en persona las diferencias de opinión que inevitablemente iban surgiendo —a veces llegábamos a enfadarnos un poco por nuestros enfoques diferentes—, nos complementamos muy bien. Petra investigaba las delicadas cuestiones sobre los significados de las palabras, términos relativos a la navegación y matices de los dialectos vascos; yo buscaba un tono que pudiera ser adecuado al texto en alemán. Transferimos casi todo el texto en duplicado y luego lo comparamos frase por frase, palabra por palabra, para ver qué solución podría ser la más correcta, pero también la más bella. Escribimos una nueva novela... a seis manos: el autor desaparecido, la futura profesora de euskara y yo.

Y sobre cuántas cosas volví a reflexionar o lo hice por primera vez: ¿Qué color tiene el agua del Atlántico Sur cuando el sol irrumpe frente a los icebergs en el agua cristalina? ¿Es color ámbar? ¿Azul azur? ¿Zafiro? ¿Azul aciano? ¿Cómo brillan los túneles de hielo, en qué posición derivan hacia el horizonte, antes de derretirse en las corrientes más cálidas? ¿Y hasta qué latitud consiguen llegar en su viaje? ¿Sobre qué escribe Lévi-Strauss en su *Tristes trópicos*? ¿Tiene razón con su definición de culturas “calientes” y “frías”? *Esclaves, ne maudissons pas la vie...* ¿Qué quería decir Rimbaud con eso? Rimbaud... ¡Qué deseo tan loco, tan salvaje! ¿Cómo fue su relación homosexual con Verlaine, cuándo fue descubierto como poeta, cómo vivió el cáncer que finalmente lo llevó a la tumba?

Más aún: ¿Qué había tras el concepto de ‘heteronomía’? ¿Lo tomó el autor prestado de Foucault? ¿Y qué decir de las alusiones a Conrad, Heidegger, Melville, Benjamin, Salinger, Fassbinder, que aparecen en la novela? Leí todos esos textos de una vez, vi las películas citadas, miré fotos de los lugares mencionados. El traductor sigue a su narrador, que se deja entrever como un fantasma. El traductor le pisa los talones, intenta pensar a remolque y entender al autor, tal vez mejor de lo que él se ha entendido a sí mismo. Al traductor le gustaría averiguar si hay algún defecto que se le ha escapado al fantasma, al escritor. Y el traductor observa que, desde su perspectiva, todo autor es en realidad un fugitivo. Ya que el autor crea un texto y sigue adelante; el traductor, por el contrario, se para ante la obra esculpida en piedra y observa lo que ha quedado.

Le dimos vueltas a cada frase. Como si fueran piedras de un yacimiento arqueológico. Queríamos conocer a nuestro fantasma. Entender qué tipo de vida llevaba. Comprender la historia de su libro, de su trabajo, pero también de su fuga.

Y así, finalmente emprendí el viaje al que meses antes fui invitado por medio del genio. Fue un camino largo y arduo, a través de un mundo de indeterminación. Compré un billete de avión, no en internet, sino en una agencia de viajes, para dejar menos huellas; conté los días que faltaban para salir, y luego, una mañana temprano, partí. Durante muchas horas volé hacia un país muy lejano, tomé el autobús hasta la ciudad, a continuación el metro, atravesé un bosque espeso, me cambié de ropa, comprobé si alguien me había seguido, luego descendí hacia la otra vertiente de la cornisa montañosa. Un jeep me llevó a un lugar de la costa, evité la calle principal, me escabullí hacia el puerto, al anochecer pregunté a un

pescador si podía llevarme un trecho hasta la siguiente cala. La costa de Groenlandia, flanqueada por densas selvas tropicales. Un cálido viento frío sopla desde las montañas sobre el mar; unos esquimales, sentados en el muelle, ordenan sus frutas tropicales. La barca del pescador surcaba las olas / cortaba majestuosa el agua especular / trazaba su rumbo lentamente. Yo pensaba en mi hijo, en mi mujer, que estaba de nuevo embarazada, en Rimbaud, en Fassbinder, en nuestro fantasma: el escritor en paradero desconocido.

Cuando atracó la barca, estaba mareado. Igual que el protagonista de la novela, el enfermero de la historia, que había acompañado a un científico agonizante en su viaje a la Antártida, en su *último* viaje. Pero ¿el enfermero de la novela había llegado a marearse realmente, o solo me lo figuré para parecerme más a él, para aproximarme más? Entre tanto, ¿no era yo mismo parte de la historia? ¿Un capítulo del libro, un mensaje en un pendrive que se arroja al mar para que llegue a su destinatario antes de que este se haga presente?

Encuentro rápidamente el hotel en el glaciar, y así empieza por fin la espera. Me tumbo en la cama de la habitación parcamente amueblada, recorro el cuarto de un lado para otro tiritando de calor, tomo unos libros en la mano, en los que no puedo concentrarme, vuelvo a hacer el mismo paseo desesperado una y otra vez. Bajo helechos del tamaño de una persona, al pie del glaciar, entre rascacielos de un solo piso. El aburrimiento por el tiempo que se va consumiendo me agota; he llegado, pero aún sigo sin llegar, e intento organizar el día, dividirlo en unidades, imprimirle un ritmo. Desde aquí no puedo llamar al hijo, ni a la mujer... Desde aquí, desde este lugar entre dos mundos.

Al amanecer me despierto, jetlag, respiro en la ventana ese aire que huele a alta montaña, desierto, pueblo, glaciar; intercambio tímidas frases con los empleados del hotel que sirven el desayuno, siento la soledad de esa patria que es la lengua —la única patria habitable—, deambulo por los alrededores. Y llevo conmigo en la bolsa, siempre un poco ridículo, el cuaderno con las dudas sobre la traducción, como si en cualquier momento debiera esperar que me sorprendiera en la calle el autor del mensaje de la botella. Cuento los días que transcurren lentamente, pero luego dejo de contarlos, porque ya me dijeron que en este país, que es la huida, todo es indeterminado, *debe permanecer indeterminado*. Tengo la sensación de que así, sin contarlos, ya no transcurren. Y, por supuesto, también me pregunto qué espero yo exactamente de este encuentro, porque ¿qué podía saber el fantasma sobre su texto, que nosotros no supiéramos hace ya tiempo?

Una cafetería con mesas vacías, un banco de parque con vistas, una caja de fruta abandonada junto al camino. A veces me arde la cabeza, siento entumecidas las extremidades, el hielo parece moverse en la lejanía. Cuando los recogedores de basura vienen, aún de madrugada, y descargan los pesados contenedores de los portales de las casas al camión, siento que el territorio de la huida es un territorio sin certezas. Un territorio en el que se podría vivir estupendamente.

Si nos dejasen.

Un país que está en movimiento continuo.

Y luego, después de pasar varios días no contados, finalmente llega el momento esperado. En el horizonte, en ese guión entre cielo y agua, cielo y tierra firme, cielo e infierno, flota a la deriva, reflejado, un bloque blanco, un iceberg duplicado que parece levitar. Es el día en el que en tierra de nadie aparece un no-lugar. Una *heterotopía*, un lugar fuera de todos los lugares, como escribió en la novela el autor del mensaje en una botella,

un lugar no-romántico.

Me salto el paseo y espero en la habitación, porque siento que ha llegado el momento, *espectral*. Finalmente, por la tarde, un poco antes de la hora acordada, me coloco junto a la ventana, en el balcón, podría ser también una terraza. Enfrente de la pensión puede verse a lo lejos el casquete de hielo aún reflejado de forma irreal, se vislumbra un palacio de azúcar congelado unas veces encima y otras debajo de la línea del horizonte.

Me apoyo y miro a la calle.

La última foto conocida del fantasma del escritor data del año 1985. Llevaba barba y sonreía maliciosamente. Observo con mirada escrutadora a la gente que pasa, y me pregunto si uno de ellos podría ser el hombre buscado desde hace 22 años.

Y por fin, tal vez sólo un cuarto de hora, tal vez una eternidad demasiado tarde, un hombre de casi cincuenta años dobla la esquina, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, caminando lentamente por la acera. Está aún algo lejos, a casi 50 metros; evita un charco helado que se evapora bajo el sol del mediodía. Cuando dirige la vista hacia arriba, nuestras miradas se cruzan; en su rostro se deja entrever una sonrisa. Sin que pueda asegurarlo, el hombre alza el cuello de su zamarra, y luego, de pronto, gira a un lado para entrar en una tienda. Y desde el lugar donde me encuentro junto a la ventana, desde el balcón, podría ser también una terraza, observo, a través de las lunas del escaparate de la tienda, que compra un periódico, un paquete de folios, quizá también unas galletas.

Raul Zelik